

sin decirte que vamos bien, que puedes administrar una dosis prudente de esperanzas; y á tí propia ¡oh dulzura y paz de mi vida! te administrarás los veinte mil abrazos, ni uno menos, que en esta carta te manda tu marido—
Fernando.

XXX

Agotado, con la carta que antecede, el precioso archivo epistolar que á la narración con indudable ventaja sustituía, continúa el relato de los hechos, los cuales rigurosamente se ajustarán á los informes que de palabra y en notas ha transmitido el propio D. Fernando á sus amigos, admiradores y paniaguados. Lo primero que debe decirse, tomando el hilo desde que salieron disparados por el camino real los salteadores y su presa, es que transcurrió más de un cuarto de hora sin que D. Santiago y el Sr. de Calpena se dijera una palabra. Miraba el uno al campo por el vidrio de la derecha, y el otro por el de la izquierda, viendo cómo se obscurecían los amenos campos al avanzar la noche, y cómo se desleían los risueños colores en las sombras opacas. Ibero exhaló un gran suspiro, como los de D. Quijote

ando encantado le llevaban en el jaulón, y al oírle, arrancóse D. Fernando con estas palabras:

«Lo primero que has de decirme es la calidad de tu persona. ¿Cómo he de mirarte, como sacerdote ó como caballero?»

Desdeñoso contestó Santiago que le mirase como quisiera, y picado el otro, agregó lo siguiente: «¿Es que has perdido la condición de caballero sin haber adquirido la de sacerdote? Seas lo que fueres, yo no he de soltarte; pero quiero saber si puedo contar con que llevo al lado mío á un caballero.

- Dame armas—replicó el otro,—y podré responderte mejor.

—Pues para eso mismo te lo preguntaba, para darte armas. Tú y yo tenemos que ajustar una cuenta y poner en claro un grave punto de honor. ¿Estás dispuesto á ello?

—¿A romperme el alma contigo? Sí, hombre: ahora mismo. Manda parar el coche. ¡Si habrás creído tú que Santiago Ibero, porque aprende para cura, no tiene ya el corazón donde antes lo tenía! No confundamos, señor mío, cosas con cosas. La religión es la religión, y el honor es el honor, y ningún hombre, aunque sea Papa, debe quedar mal cuando quiere atropellarle...

—Me alegro de oírte hablar del honor. Yo creí que con tantos rezos lo habías olvidado.

—Y te demostraré que es acción vil arrancar á un hombre de sus obligaciones, de sus compromisos, y de la vida que es su mayor gusto... Manda, manda parar el coche.

—No, hijo: la satisfacción que tienes que darme, y ello será con las armas si en otra forma no recibo yo tus descargos, ha de ser en lugar y ocasión más oportunos. Por el momento, veo en los dos una gran desigualdad. Tú vienes solo; yo con mis criados. Abusaría de mis ventajas si en este momento saliéramos del coche para ponernos el uno frente al otro, pistola ó sable en mano. Comprende que esto no puede ser.»

Ibero calló. Viéndole D. Fernando en sombría taciturnidad, que no sabía si era meditación ó rezo, no quiso interrumpirle. Llegados á Esparraguera, donde ya tenían apercibido alojamiento, por aviso enviado la noche anterior, tomaron algún descanso; mas éste había de ser corto, porque temía Calpena que los Padres de la *Instrucción Cristiana* instigaran al alcalde de Papiol á tocar á somatén, y mandaran vecinos armados en persecución de los cazadores sacrílegos. Sabas, que venía á ser como un Jefe de Estado Mayor, puso centinelas en el camino

con la consigna de avisar al menor ruido sospechoso, y esta previsión les permitió dedicar algunas horas á la cena y al sueño. Mientras todos juntos, caballeros y servidores, cenaban en una misma mesa, que tal confusión democrática era muy del gusto de D. Fernando, no pudo éste sacar una palabra del cuerpo á su cautivo; pero notando que comía con gana y que no despreciaba ningún plato, señal de que no le agitaban escrúpulos de penitencia, se alegró mucho, y vió en ello un agüero felicísimo. De rato en rato, Ibero miraba de soslayo á su secuestrador, sin que éste pudiera discernir si aquellas ojeadas eran de rencor ó de miedo, ó significaban un afecto tímido, de esos que no aciertan con la forma de revelarse. El cambio que la falta del bigote determinaba en el rostro del *ángel negro*, desorientó á Calpena en los estudios de la expresión fisonómica del cautivo. Por momentos creía que era un reverendo cura el que á su lado tenía. Aquella cara no era la otra, la del aguerrido y noble militar: mirarla era como leer un libro mal traducido de nuestro idioma á un idioma extranjero. Poco después de la cena, Ibero reposaba en un camastro y cogía fácilmente el sueño; Calpena escribía... De madrugada salieron en dirección de Igualada.

Desapareció el temor de que los vecinos de Papiol fueran en somatén tras de los fugitivos, y si ello por una parte tranquilizó al Sr. de Calpena, por otra le produjo un vislumbre de desilusión, pues ya se regocijaba imaginando la paliza que los suyos habrían de dar á los payeses, si en efecto hubieran salido á perseguirles. «Más adelante—decía ya lejos del pueblo,—será fácil que nos salgan moscones, y no me alegraré poco, pues habiéndome traído todo este aparato de fuerza ofensiva y defensiva, me gustaría tener ocasión de emplearla.» Cansado de la reclusión dentro del coche, dispuso que Sabas ocupara su puesto junto al cautivo, y él montó á caballo, marchando entre los jinetes hasta llegar á Igualada. Tampoco allí les ocurrió contratiempo alguno, fuera de los extremos de curiosidad de los vecinos, que al ver el lucido convoy y los coches, se agolpaban en calles y plazas para gozar de tan extraña y teatral caterva de viajeros. Mientras descansaban en la posada, presentóse á D. Fernando el alcalde con arrogancia de autoridad, y quiso saber qué significaban aquellos coches y aquellos bergantes armados. Mas el caballero, mostrándose altivo y sin ganas de explicaciones, exhibió pasaporte dado por el Capitán General y un refrendo del Cónsul de

Francia, con lo cual se le bajó el copete al alcalde, que se ofreció á prestar al caballero cuantos servicios necesitara.

Ya le iban cargando al Sr. de Calpena las facilidades que en el desarrollo de su aventura se le presentaban, pues él quería que no fueran las cosas tan mansamente, sino que le salieran al encuentro peligros y obstáculos que afrontar, para que quedase bien probado su ánimo valeroso. «Donde menos se piense—decía,—saltará la liebre. Tengo por cierto que los Padres de la *Instrucción Cristiana* no me perdonan este bromazo; habrán llevado sus quejas al Obispo, y éste, con perdón, habrá echado los pies por alto para que se me detenga. ¿Quién me asegura que por medio de las señas telegráficas de esas malditas torres no habrán avisado á Cervera ó á Lérida, para que me corten el paso y me quiten el contrabando que llevo?» Díjole en esto Sabas que en la soledad y aburrimiento del coche había tirado de la lengua á D. Santiago, el cual le manifestó su curiosidad vivísima de saber á dónde le llevaban. El escudero no había contestado en concreto, alegando que no lo sabía. Luego nombró el cautivo á las niñas de Castro, preguntando si estaba concertado el casamiento de las dos ó de una sola; y como Sabas le dijese que la señorita Gracia no

quería que le hablasen de novios ni de casorios, pues había tomado en aborrecimiento á los hombres, D. Santiago se puso á dar manotadas y á querer tirarse del coche, y afirmó que si el propósito de Calpena era llevarle á La Guardia, antes que consentir en ello se daría la muerte arrojándose en cualquier precipicio, ó estrellándose la cabeza contra una piedra. Por la noche, haciendo alto en la *Venta del Violín*, Ibero dijo al capitán de la cuadrilla que bien podían en aquel lugar solitario solventar la cuestión de honra, internándose sin testigos en un bosque cercano, y rompiéndose tranquilamente la crisma, á la luz de la luna, ya con pistolas, ya con sables.

«De buena gana lo haría—replicó D. Fernando,—que se me hacen años los días que yo tarde en obligarte á confesar tu infamia. Pero es forzoso que esperemos á que te crezca el bigote, para que yo pueda verte en tu sér natural; que tal como estás apenas te reconozco, y si me bato contigo he de creer que me peleo con un cura, lo cual pugna con mis ideas religiosas y turba mi conciencia, como si cometiera un gran sacrilegio. No acabo de convencerme de que eres tú mi amigo Santiago, á quien tanto quise y estimé; ni he de darte la lección de honor mientras no pierdas ese aspecto de ele-

rigacho, incompatible con toda virilidad y toda gallardía de hombre verdadero.»

Tembloroso y echando por los ojos lumbre, desahogo de su tremenda ira, dijo Ibero que los pelos de su cara pronto le crecerían, y que si tirando de los cañones con tenacillas, pudiera él hacerlos salir y medrar más á priesa, lo haría, aunque la cara se le pusiera como la de un *Ecce Homo*. Pidió luego que se le proporcionara un barbero, pues tenía ya barba de seis días, y afeitado todo el rostro, menos el labio superior, se iría señalando lentamente el bigote. Vino el barbero, y el hombre fué rapado como quiso. Ya se transparentaba el antiguo rostro sobre las sombras desvanecidas del cariz eclesiástico, y en cada parada pedía Ibero espejos donde mirarse y hacer examen atento de la gradual resurrección de su mostacho. Un día después, metidos los dos caballeros en el coche, entre Cervera y Bellpuig, habló el cautivo con mayor desembarazo, y todo lo que dijo se resume en esta manifestación de sus dudas: «Puesto que hemos de esperar á que yo me componga la cara para sacudirnos el polvo, mientras eso llega, bueno será que me des á conocer el punto de honor por que nos batiremos, pues en conciencia no te he causado á tí la menor ofensa; y si es que vienes por delegación

de otras personas, sepa yo qué personas son y en qué las ofendí.»

En este terreno quería verle D. Fernando, y se agarró á la ocasión para sacar de ella todo el provecho posible. Dijole que no era propio de un caballero el acto de cortar sus honestas relaciones con la señorita de Castro, tan sin motivo ni oportunidad, constándole como le constaba el amor puro, la ardiente fe de la pobre niña. Se había conducido como un lacayo, como un hombre sin principios, como un rufián, y esto no podía quedar sin castigo. No tenían las señoritas de Castro en su familia un hombre á quien fiar el encargo de tomar reparación de tal agravio; pero concertada ya la unión de Demetria con D. Fernando, éste se consideraba ya como de la familia, y su presunta mujer le había dado la misión de castigar la villana burla.

Oído esto por Ibero, se le inmutó el rostro, y con grave acento dijo al que fué su amigo: «Podrá la religión haberme desfigurado el rostro, el habla, los ademanes, la ropa; pero me ha traído un bien muy grande, y es que ha fortalecido mi conciencia, y me ha dado el valor de confesar mis faltas, mis yerros, mis delitos, si así quieres llamarlos. Todo lo que has dicho de mi infamia en el caso de Gracia es verdad:

lo reconozco. No es esto motivo de batirnos, pues lo que llaman Juicio de Dios, cualquiera que fuese su resultado, á tí no te daría más razón contra mí, ni á mí me aliviaría del peso de mi culpa. Ya ves si soy sincero: confesado por mí el mal que hice, no veo motivo de riña en duelo, sino de castigo... Venga el castigo: yo lo acepto de Dios por ser Dios, y de tí por pertenecer ya, como dices, á la familia de Castro-Amézaga.»

Siguió á esto una pausa que bien podría llamarse solemne. Sintió D. Fernando impulsos muy vivos de abrazar á su amigo; mas aún faltaban no pocas explicaciones para llegar á los actos de ternura. El primero que rompió el silencio fué Santiago, con estas palabras: «De tí recibiré el escarmiento. Puedes tomar una de dos determinaciones: ó quitarme la vida, tirándome por una barranquera, para que no quede rastro de mí en los caminos, ó mandarme otra vez á mi refugio de la *Instrucción Cristiana*... Con que: ya lo sabes... ó muerte ó religión... que casi viene á ser lo mismo...» Tan confuso estaba el otro caballero, que tardó un mediano rato en contestar: «Pues digo que ni religión ni muerte, que son en verdad cosas bien distintas. Un verdadero creyente debe decir: «religión, vida.» La muerte es el pecado, el des-

honor... Por de pronto declárate mi esclavo, y yo haré de tí lo que crea más conveniente para tu alma, y para poder llevar á mi familia (por tal la tengo) las seguridades de que la injuria que le hiciste está ya desagraviada.» Llevó luego D. Fernando la conversación á otros asuntos, queriendo asegurarse de la firmeza del juicio de su amigo, y oyéndole se confirmaba en que no padecía la menor alteración cerebral: el hombre deshecho se restauraba notoriamente en todo el esplendor de sus nobles cualidades.

Al salir de Bellpuig para Lérida, en una tarde serena y brumosa, dijo Ibero á su señor que le molestaba la inacción dentro del coche, y el entumecimiento producido por el frío. Desde que empezó la caminata, vivísimas ganas de montar á caballo le atormentaban. Si Don Fernando no veía en ello inconveniente, permítérale *echar una cana al aire*, cabalgando un buen trecho. Como acogiese el caballero con finas reservas la proposición, picóse la dignidad del otro: «Qué, ¿temes que me escape? Yo te doy mi palabra de honor de que no me separaré de la partida. ¿Crees en ella, crees en mi palabra?»

—Creo en ella como en el Evangelio, Santiago,—dijo D. Fernando con espontaneidad

generosa; y al punto determinó que Ibero montara el caballo de Sabas, lo que fué tan grato para el cautivo, que se entretuvo un rato en hacer piruetas, maravillando á todos con su destreza en la equitación. Era un chiquillo á quien devuelven el juguete de que ha sido privado en castigo de sus travesuras. No cabía en su pellejo de orgullo y alegría, y se recreaba en ver cómo iban acentuándose los signos de su resurrección.

XXXI

Distraídos en vago coloquio, marchaban los dos caballeros á vanguardia de la escolta y coches, conservando distancia como de medio tiro de fusil, y de improviso, por fácil transición, D. Fernando fué á parar á lo siguiente: «No te valen tus artificios para desvirtuar tu historia en los últimos meses, Santiago. Es ridículo que con tantas reservas quieras tapar sucesos que casi son del dominio público. ¿Qué me das si te cuento todo el argumento del drama que te ha traído á esta situación, drama que tú creías desenlazado, y ahora resulta que ven-go yo á ponerle un epilogo?... No me interrumpas»

pas, canastos, que no he de callar aunque me lo pidas de rodillas... A principios del 42, cuando volviste de Vitoria enfermo y medio trastornado de la impresión que te dejó el fusilamiento de tu amigo Montes de Oca, fuiste á caer de nuevo en la jurisdicción de la Milagro, á quien encontraste hecha una santa, deteriorada su belleza con el llorar continuo, y no pensando más que en soledades, amarguras y penitencias. No tardaste en hacerle el duco, que nada es tan contagioso como estas enfermedades de la santidad en las almas apasionadas y soñadoras. Pero el diablo, que con más diligencia se mete allí donde no le llaman, se metió entre vosotros, y tanto hizo el maldito, que de la noche á la mañana, atizando candela en vuestros corazones, convirtió vuestro misticismo en amor, y he aquí que mis dos santos, Santiago y Rafaela, ven más fácil, cómodo y seguro inse derechos al matrimonio que á la canonización. Rafaelita era ya viuda.

—Te diré... Es preciso que comprendas...

—Cállate y déjame acabar. De aquella fecha data tu gran delito de despreciar á Gracia, y manifestárselo en una carta que fué como un rayo para la pobre niña...

—Pero has de añadir que yo... Escucha.

—Ya... ya veo por dónde quieres salir. Pue-

de que estés en lo cierto si sostienes ahora que no habías dejado de querer á Gracia con puro, con ideal cariño; que tu apego á la Milagro era una fascinación, una... Palabras mil hay para expresar esto; pero me las callo ahora por no atormentarte. Doy de barato que así fué. Si pudo en tí la fascinación de Rafaela más que el amor dulce y honesto de la niña de Castro, probaste que eras un hombre sin consistencia ni reflexión, de sentimientos volubles, á merced del primero que llegara y los quisiera coger.

—Todas las cosas tienen su doble fondo, Fernando; yo te aseguro...

—No asegures nada, y convéncete de que, con doble ó con sencillo fondo, no hay acción mala que no tenga su escarmiento, y el tuyo fué de los más salados. Al volver de Valencia, á donde te mandó Espartero con una engorrosa comisión, hallaste una novedad terrorífica: la *Perita en dulce* había catequizado en toda regla, para convertirle á la religión del matrimonio, al pobrecito Federico Nieto y Angulo: los muchachos de mi tiempo le llamábamos *Don Frenético*, y nadie le conoce en Madrid por otro nombre. Es un cuitado ese joven, honradote, de buena posición, elegante, con un barniz parisiense que le hace parecer lo que no es. Su carácter se pinta con decir que se dejó cazar

con liga por la Milagro... Que ésta no tiene un pelo de tonta, bien á la vista está. La niña se pierde de vista: sabe hacer santos y maridos. Total: que á la semana de llegar tú á Madrid de la comisión de Valencia, se casaron en tus barbas..

—¿Acabarás de una vez?—dijo Ibero nervioso, apretando las quijadas y haciendo encabritar al caballo.

—Ya concluyo. Tu desesperación fué un furibundo pataleo romántico. Dos caminos tenías: matarlos á los dos ó hacerte clérigo. A ellos les convenía más lo segundo, naturalmente, y tú hacías una obra de caridad quitándote de en medio... Ignoro si sabes que *La Frenética* (nadie le quitará ya este nombre) se porta bien, y cuantos la conocen hoy elogian su buena conducta... ¿Quieres más noticias?

—No quiero sino que te calles—dijo Ibero marchando al paso.—Ya me está cargando tu demasiado conocimiento de esas miserias...

—El casorio de la *Perita* fué para tí como el canto del gallo para San Pedro: la voz de tu delito y el aviso de tu conciencia. Entonces te acordaste de la divina Gracia, á quien habías ofendido y negado, y dijiste...

—Yo no dije nada, Fernando.

—Dijiste... «Señor, que me trague la tierra,

pues soy el mayor imbécil que criaste... Desprecié la vida por la muerte, y ahora...

—¡Que no dije eso, hombre!...

—Pero ya no podías volverte atrás. Conocer de tu falta, y teniéndola por irreparable, te condenaste al presidio de la vida eclesiástica, único reparo posible... Tu dignidad no te permitía volver el rostro hacia las niñas de Castro, porque te exponías á que la ofendida y su hermana te lo escupieran.

—Y habrían hecho muy bien,—afirmó Santiago, acometido de una hilaridad que parecía epiléptica y que terminó con formidable terno.

—Huído, muerto de vergüenza, menospreciado de tí mismo, te retiraste á la *Instrucción Cristiana*, digno cementerio de tus despojos, pobre Santiago... Pero Dios tuvo piedad de tí, y no queriendo darte ni el amor ni la felicidad, porque nada de esto merecías, te dió una firme vocación, y con ella te salvaste, y con ella te redimiste... ¿Verdad que tu vocación es intensísima, irrevocable, arrebató ardiente del alma?...

—Si sabes que lo es—dijo Santiago displaciente, casi grosero,—¿para qué me lo preguntas?...

—Creo en tu inquebrantable unión con la Santa Iglesia, y porque la creo me determino

á confiarte una idea mía, que creo será de tu agrado...»

En esto vieron aparecer por una revuelta del camino un grupo de gente, que no distinguían bien por haberse venido encima la noche, arrojando pesadas sombras sobre la tierra. Por el ruido, más que por la vista, se percataron de que eran militares, y detuvieron el paso, hasta que viéndoles ya cerca, oyeron el *quién vive*.

«¡Ayacuchos!» contestó D. Fernando con firme voz. En este punto, el carruaje y coche con la escolta de almogávares, avanzaban y detrás de los caballeros se detenían. Adelantóse el jefe de la tropa, y dijo con sorna: «¿Con que ayacuchos? Ahora lo veremos. Eh... registrarme pronto ese coche y toda la carga del carro.

—Mi coche y equipaje no se registran,—dijo D. Fernando con toda la serenidad del mundo.

—¿Que no se registran? ¿Y quién lo prohíbe?

—Yo... Lo más que puedo hacer en obsequio de usted es enseñarle el pasaporte y salvoconducto que llevo del General Van-Halen para viajar por estas tierras ó por otras, en la forma que me dé la gana.

—Ya no es Van-Halen Capitán General de Cataluña: lo es el General Seoane.

—Eso no quita validez á mis papeles.

—Ni á mi la facultad de hacer el registro. No

es la primera vez que los contrabandistas que detengo contestan como usted: *jayacuchos!* creyendo que esa palabra es la bula de Meco.

—No traemos contrabando. Basta que yo lo diga,—afirmó Calpena, parando el caballo al frente de los suyos, en actitud no muy tranquilizadora. Con rápida observación midió las fuerzas del adversario, que eran como de quince hombres; ávido de acometer algún lance peligroso que diera resonancia y honor á su *trabajo*; comparadas mentalmente sus fuerzas con las del enemigo, se determinó á sentarle la mano. Ya estaban en alto las armas, ya sonaban los primeros gritos de guerra, cuando con un fuerte bote de su caballo, se abalanzó Ibero, y encarándose con el oficial, le gritó: «Nicasio Pulpis, convenido de Vergara, hoy teniente de la primera división de Zurbano, mira lo que haces; respeta la dignidad de este caballero, pues de lo contrario yo, él y yo mejor dicho, con la gente que llevamos, os arrimaremos tan fuerte palizón, que de los hombres que mandas no quedará uno para contarlo.»

Conocióle el oficial por la voz, y acercándose más para verle el rostro, rompió en esta exclamación. «Por los ajos de Corella, que ó yo estoy loco, ó es usted el Coronel Ibero... En su cara encuentro una novedad... ¿El que veo es

D. Santiago, ri-Dios, ó un cura que se le parece?

—¡Santiago soy, por los caños de Borja!

—Ahora recuerdo... Se dijo que entraba usted en el sacerdocio. ¿Es cura, ajo de Corella?

—No soy cura—contestó recordando un dicho baturro,—que soy hombre, *tan hombre como mi abuela, y eso que era mujerona, ¡maño!*

Soltaron todos la risa, y ya nadie pensó en batirse. «Eche acá esos cinco, D. Santiago—dijo Pulpis,—y dispéñenme todos.

—Este caballero es de los más ilustres del Reino, y ha obrado como tal oponiéndose á que le registres... Ya entiendo: estás en las columnas que persiguen el contrabando.

—Sí, señor; y no hay vida más perra que ésta del resguardo. D. Martín nos tiene dicho que registremos á todo el mundo, sin exceptuar á obispos y monjas... Y son tan *mañeros* los contrabandistas de verdad, que cuando les echo el alto, responden: *¡Ayacuchos!* Han tomado ese tranquilo... *¡mañeros!*

—Ya que somos amigos—declaró D. Fernando,—diré al Sr. Pulpis que me dispense si tomé tan á lo vivo lo del registro. No llevo ni una brizna de contrabando. Si quiere volver atrás, pues la noche viene fría y Lérida no debe de estar lejos, le convidó á que allá refres-

quemos todos, su tropa y la mía, y charlemos un rato.»

Agradeció Pulpis la fineza; mas no pudo aceptarla, pues tenía órdenes de pernóctar en Bel-lloc, que sólo distaba ya media legua. De nuevo apretó las manos de Santiago diciendo: «Me alegro de que no sea usted cura, mi Coronel. Ya sus amigos le hacíamos obispo lo menos»; y con éstas y otras expresiones de cordialidad se despidieron, y cada cual tomó su camino, siguiendo D. Fernando y su gente hacia Lérida, que sólo legua y media distaba ya.

El frío arreciaba espantosamente, anunciando nevada próxima, y los dos caballeros buscaron el abrigo del coche, donde continuaron la conversación que el encuentro con Pulpis habíales interrumpido en lo más interesante.

«Está de Dios—dijo Calpena,—que resulten fallidos mis deseos de armar camorra con alguien en estos campos.

—A mí también me pide el cuerpo un poco de jarana. No sé qué tengo... Me pegaría con el primero que en algo me contradijese... Pero vamos á lo nuestro. Cuando apareció la fuerza de Pulpis decías que ibas á revelarme el porqué de esta situación mía, en conformidad de prisionero, de loco, ó de encantado...

—A eso voy. Convencido de que tu vocación

es inquebrantable, no siendo ya posible que yo te pida la reparación consabida, porque sería someter á prueba muy dura tu conciencia, se me ocurre que debo llevarte conmigo á La Guardia, á donde yo voy...

—¡Fernandol... ¡Por los ojos de Cristo... ó de Corella!...—exclamó Ibero desconcertado y casi furioso.—No me hables de que yo vaya á La Guardia, pues desde ahora te digo que sólo haciéndome picadillo podrías llevarme... ¡En La Guardia yo! ¿Crees que he perdido la vergüenza? ¿Crees que esta cara puede presentarse allí sin que se vuelva una máscara de fuego?... Tú estás demente ó quieres martirizarme.

—Déjame seguir, hombre, y no te sulfures. Cierto que si las cosas estuvieran allá como tú supones, razón habría para que antes te arrancarás los ojos que mirar con ellos á las niñas de Castro. Pero verás lo que pasa: Gracia padeció grandes amarguras por tu desprecio; vino tras el dolor la resignación, luego el olvido de tu falta... Tanto ella como su hermana recibieron de Dios la facultad de ahogar los agravios en el perdón, que es gran virtud. Pero hay más: pasados meses desde el día terrible en que la heriste, la infeliz joven comenzó á sentir anhelos de vida religiosa, y esto fué ganando tal espacio en su espíritu, que rápidamente lle-

gó á la más pura exaltación de la piedad. El mundo había concluído para ella. Dios la llamaba, ofreciéndole el consuelo único, que es la verdad eterna. Ya la tienes en brazos de Dios, ó poco menos, porque todo lo ha dispuesto para entrar en las Huelgas de Burgos, y sólo espera mi llegada para despedirse de la familia y realizar su santo propósito. Su fe es tan ardiente y viva, que cuantos la oyen se quedan maravillados, y creo que si estuviéramos en otros tiempos, la canonización de Gracia sería segura. Hasta se ha dicho que hace milagros, y Navarridas lo asegura y da testimonio de ellos. Yo, la verdad, no los he visto; pero me inclino á creer que algo hay...

—Pues yo—dijo Ibero turbado, inquietísimo,—no los creería mientras no los viera... Por lo demás, siempre tuve á Gracia por criatura celestial, más digna de Dios que del hombre.

—A eso voy... Ha sido un gran bien que dejaras á Gracia, para que así luzca más espléndidamente su excelsa virtud. Yo me la figuro como otra mujer cualquiera, casada, cargada de chiquillos, y ya no es la hermosa figura de santa que ahora nos causa tanto asombro. Conviene, pues, que vengas conmigo, y así se cumplen dos elevados objetos: que tú admires

su mística perfección, y que ella se extasie en admirar la tuya. Sois tal para cual, dos nobles espíritus purificados por la adversidad, que derramarán uno sobre otro la luz que han recibido...

—Voy creyendo—dijo Santiago, descompuesto y nervioso,—que te burlas de mí, y esto no lo tolero, Fernando, no lo tolero... ¡Por los ajos de... por Dios, no abuses...» Me robaste, me traes aquí prisionero, y encima te chancas...

—Si no es burla, tonto... Te digo la verdad. ¿Y no sería el más bello complemento del cuadro que tú cantarás misa en Burgos el mismo día de la profesión de Gracia, y que...?

— ¡Que te calles! —gritó Ibero furioso, abriendo la portezuela,—que te calles, ó me tiro al camino para que las ruedas me pasen por el cuerpo y me acaben de una vez... Yo no voy á La Guardia... Me llevarás muerto, vivo no... Si profesa, buen provecho le haga... Suéltame, Fernando; suéltame por Dios, y déjame volver con los *mañeros* Padres... Eso si no quieres matarme aquí mismo, que sería lo más cristiano, lo más humano...»

XXXII

La entrada en Lérida puso fin por el momento á esta conversaci6n; mas no creyendo D. Fernando bien apurado el tema, mientras cenaban volvió á la carga en esta forma: «Esa vergüenza que de ir á La Guardia sientes ahora, se te irá disipando en el curso de este largo viaje... Y como no me parece natural ni decente que á la que fué tu señora, y ya lo es de Dios, y hermana de los ángeles, te presentes en una facha impropia de tu nuevo estado, conviene que pongas fin al crecimiento del bigote. Ni tú lo necesitas ya para presumir de caballero militar, ni yo para verte cara de var6n y figurarme que podemos batirnos. Ya no hay duelo... Mañana vendrá el maestro rapista para que te afeite toda la cara, dejándote como un can6nigo.»

Nada respondió el cautivo, contentándose con echar á su amigo miradas fulminantes. A la mañana siguiente subió el barbero á la estancia donde Santiago dormía, y á poco le vieron bajar despavorido y dando voces. El *señor aclerigado* le habia despedido como á los ladro-